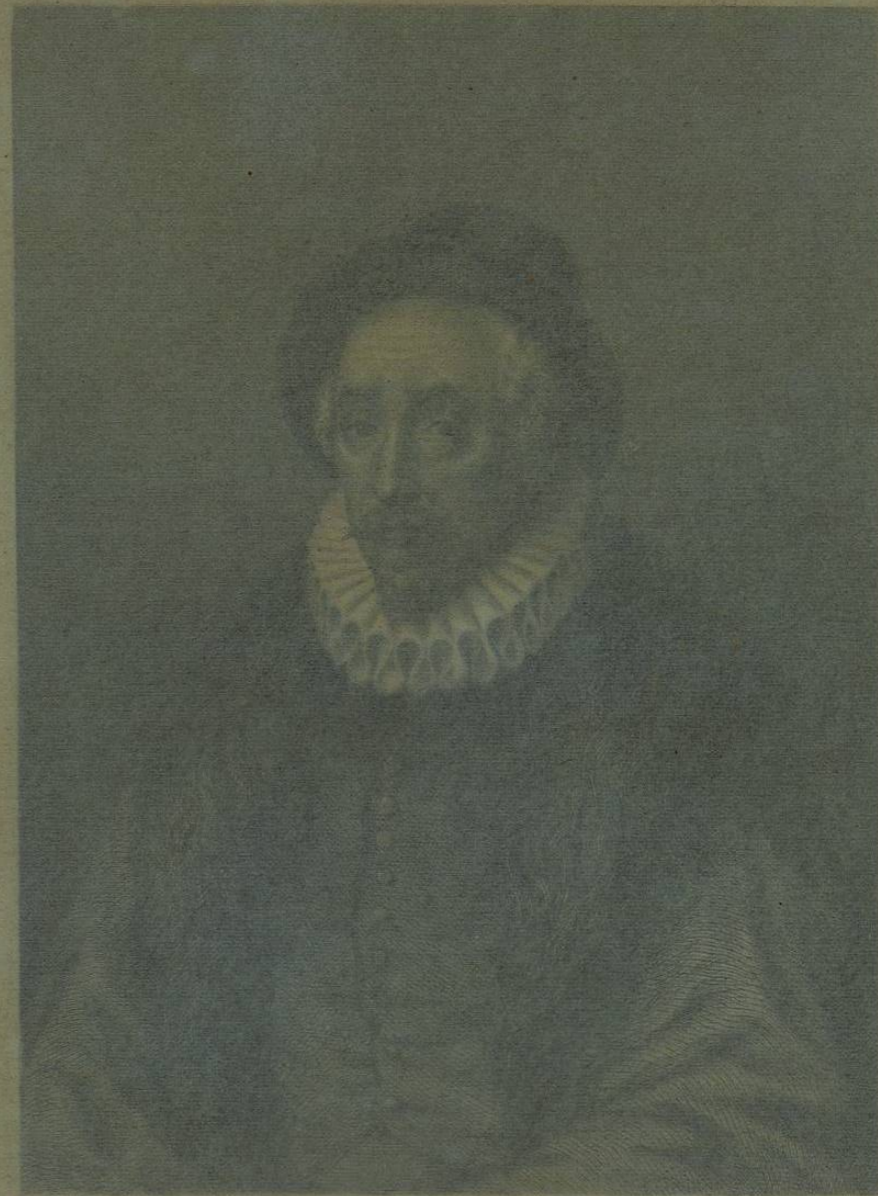


## MONTAIGNE

Mientras Francia, cual barco que navega á la ventura por mares desconocidos, se apresta á doblar lo que llaman los pilotos el cabo de las Tormentas, mientras el vigía encaramado en el tope cree ver ya en el horizonte el espectro del gigante Adamastor, muchos espíritus honrados y apacibles se obstinan en sus trabajos, siguen estudiando y persiguen hasta el fin su favorita idea. Yo sé de algun erudito que compara con más celo y curiosidad que nunca las diversas ediciones de Rabelais, de alguna de las cuales sólo queda un ejemplar siendo imposible encontrar dos : de esta comparacion atenta de los textos brotará de seguro alguna consecuencia literaria, y quizá filosófica, sobre el genio de nuestro Aristófanes. Sé de otro sabio que ha puesto su devocion en Bossuet á quien rinde fervoroso culto, y que nos prepara una historia completa, exacta, minuciosa de la vida y las obras del elocuente obispo. Y como los gustos son diversos y *las fantasías humanas se cortan de cien maneras* (es Montaigne quien lo dice), tambien Montaigne cuenta apasionados y devotos, él que tan poco lo era. Ya en vida suya habia formado secta, y su discípulo Charron le seguia paso á paso ordenando con método sus pensamientos. Algunos aficionados y hombres de talento han continuado en nuestros dias esta religion bajo otra forma : se han dedicado á recoger los menores vestigios del autor de los *Ensayos* y á reunir sus reliquias. Á la cabeza de este grupo figura el doctor Payen; este prepara hace años un libro sobre Montaigne que se intitulará :

MIGUEL DE MONTAIGNE, *compilacion de particularidades inéditas ó poco conocidas sobre el autor de los ENSAYOS, su libro, sus escritos, su familia, sus amigos, sus censores y sus admiradores.*



MONTAIGNE

Garnier Freres Editeurs

## MONTAIGNE

Mientras Francia, cual barco que navega á la ventura por mares desconocidos, se aprista á doblar la que llaman los pilotos el cabo de los Tormentas, mientras el vago navegante en el tape cree ver ya en el horizonte el espectro del gigante Adamastor, muchos espíritus honrados y apacibles se obstinan en sus trabajos, siguen estudiando y persiguen hasta el fin su favorita idea. Yo sé de algun erudito que compara con más celo y curiosidad que nunca las diversas ediciones de Rabelais, de alguna de las cuales sólo queda un ejemplar siendo imposible encontrar dos; de esta comparación atenta de los textos brotará de seguro alguna consecuencia literaria, y quizá filosófica, sobre el genio de nuestro Aristófanes. Sé de otro sabio que ha puesto su devoción en Bézouet á quien rinde fervorosa culto, y que nos prepara una historia completa, exacta, resumida de la vida y las obras del elocuente obispo. Y como los gustos son diversos y las fantasías humanas se cortan de cien maneras (de Montaigne quien lo dice), también Montaigne cuenta apasionado y desahogado que tan poco lo era. Ya en vida, ya habiendo formado secta, y ya después Charron le seguía paso á paso ordenando con método sus pensamientos. Algunos aficionados y hombres de talento han continuado en nuestros días esta religión bajo otra forma: se han dedicado á recoger los menudos vestigios del autor de los *Ensayos* y á reunir sus reliquias. Á la cabeza de este grupo figura el doctor Payen; este prepara hace años un libro sobre Montaigne que se intitulará:

*MAXIMES DE MONTAIGNE, compilation de particularidades inédites ó poco conocidas sobre el autor de los ENSAYOS, su libro, sus escritos, su familia, sus amigos, sus costumbres y sus admiradores.*



C. Staal del.

Imp. Ch. Chardon aîné.

P. Delannoy sc.

## MONTAIGNE

Garnier frères Éditeurs.

El doctor Payen, mientras compone este libro ocupacion y divertimento de toda una vida, nos tiene al corriente por medio de folletos de los diversos trabajos y descubrimientos que se hacen acerca de Montaigne.

Veamos en que consisten estos últimos descubrimientos :

En 1846 encontró M. Macé en los manuscritos de la Biblioteca nacional, entónces real, una carta de Montaigne, dirigida al rey Enrique IV, del 2 de Setiembre de 1590.

En 1847 hizo imprimir M. Payen una carta ó fragmento de carta de Montaigne, procedente de la coleccion de la condesa Boni de Castellane, fechada el 16 de Febrero de 1588; es una pieza incompleta y alterada.

En 1848 hizo un buen hallazgo M. de Viel-Castel, encontrando en el Museo Británico de Lóndres una notable carta de Montaigne cuando era *maire* de Burdeos, carta dirigida á M. de Matignon con fecha 22 de Mayo de 1585. Lo más curioso de este documento es que nos presenta por primera vez á Montaigne en pleno ejercicio de su cargo y en toda la vigilancia y actividad de que era susceptible. Aquel pretendido perezoso tenía cuando era menester más cualidades que las que prometía.

M. Detcheverry, archivero de la alcaldía (*mairie*) de Burdeos, encontró en 1850 y publicó otra carta de Montaigne del dia 30 de Julio de 1585.

M. Aquiles Jubinal halló en los manuscritos de la Biblioteca, y publicó en 1850, una larga y notable carta de Montaigne al rey Enrique IV, del 18 de Enero de 1590, carta felizmente relacionada con la encontrada por M. Macé.

Por último, para no omitir nada y hacer justicia á todos, diremos que el doctor Bertrand de San German, en su *Visita al castillo de Montaigne en Périgord*, dada á luz en 1850, describe los lugares y cita las diversas inscripciones griegas ó latinas que todavía se leen en la pieza del tercer piso (contando por uno el bajo), donde el filósofo había situado su gabinete de estudio.

Reuniendo y apreciando el doctor Payen en su último folleto estas distintas noticias y descubrimientos, no todos importantes, se deja llevar á algun pequeño exceso de admiracion; pero no se lo reprochare-

mos. Cuando la admiración se aplica á objetos nobles, tan perfectamente inocentes y desinteresados, es realmente una chispa del sagrado fuego; hace emprender investigaciones que un celo frío abandonaría muy fácilmente y que conducen á veces á resultados reales. Sin embargo, bueno será que los admiradores se acuerden, en medio de su pasión, del prudente consejo del maestro: « Es más difícil, decía Montaigne, interpretar las interpretaciones que interpretar las cosas; hay más libros sobre los libros que sobre cualesquiera otros asuntos: no hacemos más que *entreglosarnos*. Todo tiene comentarios y comentaristas; pero hay escasez de autores. » Y en efecto, son raros en todo tiempo los *autores*, es decir, los que en realidad aumentan el tesoro del saber humano. Yo quisiera que todos los que escriben sobre Montaigne ó que acerca de él nos transmiten sus investigaciones y descubrimientos, se representaran en idea una sola cosa, el mismo Montaigne leyéndolos y juzgándolos. « ¿Qué pensaría de mí y de mi manera de presentarle al público? » Esta pregunta si cada cual se la hiciera ¡cuántas frases inútiles suprimiría! ¡cómo abreviaría ociosas discusiones!

El último folleto de M. Payen está dedicado á un hombre que ha merecido bien de Montaigne, á M. Gustavo Brunet, de Burdeos. Este señor, en un escrito en que daba á conocer interesantes correcciones ó variantes del texto mismo de Montaigne, hablando á su vez de M. Payen, decía: « Que publique al fin el fruto de sus investigaciones y nada habrá dejado que hacer á los *montañólogos* futuros. » ¡*Montañólogo!* ¿Qué diría Montaigne de semejante palabra inventada en honor suyo? Os conjuro á todos los que meritoriamente os ocupáis en él, pero que no pretendéis apropiároslo, os conjuro en nombre del que amáis y que todos amamos con más ó menos títulos, á que no uséis tales voces que denuncian la cofradía, la secta, la erudición pedantesca y la *cháchara escolástica*, las cosas que más le repugnaban.

Montaigne era un alma sencilla, natural y popular. Hijo de un padre excelente que había dado con entusiasmo sincero en el renacimiento literario y en todas las novedades *liberales* de su tiempo, corrigió el exceso de entusiasmo, de pasión y de vivacidad por una gran perspicacia, delicadeza y exactitud de reflexión; pero no había abjurado el fondo original. Hace apenas treinta años que se hablaba del siglo xvi como de un tiempo *bárbaro*, no haciéndose más excepción que la sola

de Montaigne: había en ello error é ignorancia. El siglo xvi fué un gran siglo, fecundo, potente, sabio, delicado algunas veces aunque en general violento y rudo. Conservaba una apariencia grosera bajo más de un aspecto; pero lo que realmente le faltaba era el gusto, si se entiende por gusto la elección perfecta y acertada de los elementos de lo bello. El gusto que faltaba en aquel siglo se convirtió en exceso de mal gusto en las edades siguientes. Y si el siglo xvi en literatura es indigesto, en las artes propiamente dichas, en las artes manuales, es muy superior á los siguientes siglos, aún en la misma Francia. En el orden moral es desigual y confuso. Es el siglo de los contrastes, y de los contrastes en toda su rudeza: fe y escepticismo, restos de fanatismo y principio de filosofía. Todas las creencias y sentimientos se rozan y entrechocan; nada se determina. Todo fermenta en aquel caos y cada rayo de sol produce una tormenta. No es ciertamente un siglo que pueda llamarse, en Francia, siglo de luces; es una edad de luchas y combates. El gran mérito, la singularidad de Montaigne, lo que hace de él un *fenómeno*, es haber sido la moderación, el miramiento personificado, en semejante siglo.

Nacido el último día de Febrero de 1533, instruido en las lenguas antiguas desde la infancia, arrullado en la cuna al son de los instrumentos, más parecía criado para el trato de las Musas que para vivir en una época violenta y azarosa. Lo que esta primera educación podía tener de excesivamente ideal, de demasiado poética, lo corrigió su excepcional buen sentido; no conservó más que la feliz costumbre de hacerlo y decirlo todo con espontánea alegría. Casado á los treinta años con la que durante veintiocho fué su compañera, no parece haber sentido más pasión que la de la amistad; inmortalizó la suya por Estéban de la Boétie, el amigo que perdió después de cuatro años de intimidad estrecha y afectuosa. Fué consejero del parlamento de Burdeos, y se retiró de los negocios públicos y de toda suerte de ambiciones, antes de cumplir cuarenta años, para vivir en su torre de Montaigne gozando de sí mismo, de su talento, de sus observaciones, y entregado á sus pensamientos y á su *pereza activa*; conocemos hasta los menores juegos y caprichos del insigne perezoso.

La primera edición de sus *Ensayos*, compuesta solamente de dos libros, apareció en 1580; no es más que un bosquejo de lo que contienen

las siguientes ediciones. En el mismo año emprendió Montaigne un viaje á Italia y Suiza, durante el cual los señores de Burdeos le eligieron alcalde (*maire*) de la ciudad. Primero se excusó; pero mejor advertido, y por orden del rey, aceptó una carga « tanto más bella, dice, cuanto que es honorífica y sin retribucion. » La ejerció cuatro años por haber sido reelegido despues de los dos primeros, desde Julio de 1582 hasta Julio de 1586. Entró, pues, Montaigne en la vida pública á la edad de cincuenta años, algo á su pesar y en vísperas de civiles turbulencias que, apagadas algun tiempo, iban á renacer más desastrosas al grito de la Liga. Aunque en general no sirvan estas lecciones, aunque sirva de poco la experiencia ajena, aunque no se aprenda el arte de la prudencia y ménos aún el de la felicidad, no nos privemos del gusto de oír á Montaigne, démonos en él el espectáculo de la felicidad y la prudencia, dejémosle hablar de las cosas públicas, de las turbulencias, de las revoluciones y de su modo de conducirse en ellas. No proponemos un modelo; es una distraccion que nos queremos dar y ofrecer á los lectores.

Digamos ante todo que Montaigne se guarda bien de creerse nacido en la peor de las épocas, aunque vivia en un siglo de disturbios, en un siglo agitado y tempestuoso, en un siglo que M. Daunou, hombre que habia atravesado el Terror, ha podido llamar *el más trágico siglo de la historia*. No se parece Montaigne á los seres preocupados que midiéndolo todo por su horizonte visible, estimándolo todo por su sensacion presente, creen que su enfermedad es la más grave que jamas ha tenido la naturaleza humana. Es más bien como Sócrates, que no se creía ciudadano de un pueblo sino de todo el mundo; su imaginacion, su pensamiento abraza la universalidad de los tiempos y de los países; así juzga más equitativamente los mismos males de que es testigo y víctima: « Al ver nuestras discordias civiles, dice, cualquiera exclamaria que esta máquina se trastorna y que el día del juicio nos sorprende, sin recordar que se han visto cosas mucho peores y que la mayoría de las gentes sigue tomando el sol como si nada ocurriera... Al que le graniza sobre la cabeza le parece que la tempestad se cierne sobre el mundo. » Y elevando más su pensamiento y su corazon, reduciendo su propio sufrimiento á lo que significa en el inmenso seno de la naturaleza, viendo en ella su persona y áun reinos

enteros como puntos en el infinito, añade en términos dignos de Pascal: « El que se represente como en un cuadro la imagen de nuestra madre la naturaleza en toda su majestád; el que lea en su conjunto una variedad tan general y constante; el que mire en ella, no á sí mismo sino á todo un reino como un punto inapreciable, ese estima las cosas segun su justo tamaño. » (Libro I, cap. xxv.)

Aquí nos da Montaigne una leccion, leccion inútil, pero que vale tanto como cualquiera otra de las inutilidades que se escriben. No trato de atenuar la gravedad de las circunstancias por que atraviesa el país, pero reflexionemos que en treinta y dos años de perfecta calma sólo hemos tenido algunos días de tormenta. Sepamos atravesarlos, sin gritar como lo hacemos que nuncase han visto desencadenamientos semejantes. Para librarnos de la conmocion presente reduciendo á justos límites las proporciones de estas dificultades, para medirlas con lucidez y remediarlas con tino, leamos cada día una página de Montaigne.

Me ha llamado la atencion un juicio de Montaigne concerniente á los hombres de su tiempo, que puede referirse á los del nuestro. Dice el filósofo (libro II, capítulo xvii) que conoce bastantes hombres con algunas condiciones muy notables: uno el talento, otro la habilidad; quién la conciencia, quién la ciencia; alguno el corazon y muchos la palabra; « pero grandes hombres, dice, que lo reunan todo y puedan compararse á los que admiró la antigüedad, no he conocido ninguno. » Dicho esto, hace una excepcion en favor de su amigo Estéban de La Boétie; pero este murió jóven y no llegó á dar fruto.

Este juicio de Montaigne me ha hecho sonreír; no vió un grande hombre en su tiempo, que fué, sin embargo, el de los Hôpital, los Coligny y los Guisa. ¡ Qué diria del nuestro! Tenemos como en el suyo muchas personas evidentemente distinguidas, cuáles por el talento, cuáles por el corazon, cuáles por la destreza, algunas (cosa más rara) por la conciencia, muchas por la ciencia ó la elocuencia; pero el hombre completo se hace desear. Uno de los testigos más espirituales de nuestros días lo reconocia y lo proclamaba hace ya algunos años: « Nuestro tiempo, ha dicho Rémusat, carece de grandes hombres (1). »

(1) *Ensayos de filosofía*, tomo I, pág. 22.